



el tlacuache

S U P L E M E N T O C U L T U R A L

El cuerpo soñado. La política del sueño en el quehacer otomí de la Huasteca

Mtro. Israel Lazcarro Salgado
INAH-Morelos

Dicen que soñar no cuesta nada. El fondo de esa frase está en la idea de que los sueños son meras ilusiones, que no guardan relación alguna con la realidad. Los sueños como imágenes subjetivas gestadas en algún lugar del inconsciente, pueden guardar relación con lo real sólo en forma cifrada y no evidente, según el psicoanálisis. Desde luego, ése ha sido el horizonte de la experiencia onírica en la tradición occidental, donde los sueños son creación de los soñantes. Sin embargo, existen otras tradiciones de pensamiento donde el pensar en sí mismo, no es realización de un solo sujeto y donde el soñar puede costar la vida.

Es el caso de los pueblos otomíes y de muchos otros pueblos indígenas de México, donde el soñar entraña vivencias que ciertamente comprometen o al menos suspenden, nuestras más queridas convicciones en torno al cuerpo, el alma, la individualidad y otras tantas dicotomías como lo objetivo/subjetivo. En el caso de los otomíes de la Huasteca veracruzana, el soñante se libera de los límites que su propio cuerpo le impone, y como "aire" que es (*dāhí*), (podría decirse que *casi* en la condición de un muerto, estando dormido), es capaz de observar el mundo (y conocerlo) de otra manera. Eso nos indican una y otra vez los curanderos otomíes, cuando nos dicen cómo es que conocen ciudades, cerros y cuevas gracias a sus ilustrativos sueños. Frecuentemente durante los sueños, los otomíes antropomorfizan lo no humano, o bien ellos mismos abandonan la condición humana de su cuerpo para asumir otra, como varios especialistas chamánicos otomíes nos han relatado en torno a sus aventuras oníricas, narrando "pruebas" que les puso el cerro para llegar a ser curanderos, pruebas que sólo pudieron salvar convirtiéndose en un animal o en una cosa. Hemos escuchado hablar de *naguales* a lo largo y ancho de nuestro país... la verdad es que ese fenómeno corpóreo tan recurrente en México, en tanto que supone esa capacidad de transformación y mutación de cuerpo, está "al alcance de la mano" (más bien, de las patas o alas que en algún momento dado alguien quiera colocarse), incluso al alcance de un sueño, preámbulo de estas transformaciones.

Al igual que el sueño, las transformaciones corpóreas del nagual, suceden de noche, dominio de lo inestable. Si el Sol y el maíz es lo que consolida a los cuerpos, es la noche la que los desestabiliza. El término otomí que alude a estas mutaciones es *poni*, refiriéndose tanto al *alter ego* en que un ente se transforma como a la transformación misma, cambios de forma en que el curandero se especializa. Y no es extraño que los otomíes identifiquen esta forma con la ropa, la apariencia: cuando nos dicen *nihpōni Tēni*, se entiende a la vez "mi vestido de Carnaval" o "mi forma para jugar". La imagen aparente es pues una intencionalidad, hecha cuerpo. El cuerpo, como carne, puede destruirse, y los rituales terapéuticos son índice de la frecuencia con que esa intencionalidad debe contenerse una vez carece de cuerpo. Claro está, siempre es posible prestar el propio cuerpo a una intencionalidad ajena, caso de los danzantes del Carnaval, sobre los cuales se dice "ni se sabe quién es, nomás es forma...", no obstante que entraña siempre un riesgo: la máscara del Viejo suele afianzarse al rostro humano, y puede lograr su total acoplamiento a riesgo de matar a su huésped, igual a lo que sucede con un enfermo. De ahí que sea fundamental reconocer el rostro del Otro, y la intencionalidad con que se presenta. Cambiar de cuerpo a voluntad a lo largo del año, sería pues, una habilidad de los chamanes en sus tratos con lo Otro. Por ello, para curar, para enfermar, el curandero entabla una dinámica de transferencia de cuerpos: es un especialista de lo que en otro lado hemos denominado *corpomorfosis*. Ciertamente el sueño es un estado propicio en el cual la "sombra" personal puede transitar por el mundo y cambiar de cuerpo. Es una circunstancia peligrosa. Sin embargo todo mundo sueña: es una ventana a otra realidad, una ventana accesible a todos. Y está claro que cualquier persona es capaz de opinar en asuntos rituales puesto que ha soñado. La especialidad de los chamanes reside justamente en entender y recordar lo soñado. No extraña que toda sesión terapéutica principie el relato de los sueños por parte del enfermo al chamán, quien lo escucha a la luz de una vela frente al altar doméstico.

No obstante, los sueños son también una fuente de saber que en algunas ocasiones se guarda con recelo, sobre todo tratándose de chamanes. Los más destacados curanderos o *bādí*, los más sabios y poderosos, son los más avezados soñadores, capaces de recordar cada detalle de sus intrincados sueños, y no revelarán fácilmente el hallazgo de un nuevo ente no humano,

sino hasta que sea necesario recortarlo.

Con los sueños el mundo se desdobra, explicita y complementa. El sueño, la somnolencia *de'ti* parece estar alojado en la nuca durante la vigilia, según explica el mayor de los curanderos de El Zapote (una vigorosa comunidad otomí de Ixhuatlán de Madero, en Veracruz, con diecisiete especialistas organizados jerárquicamente). Sólo cuando se duerme (*ra t'āhā*), la cabeza parece sufrir una inversión: lo que está atrás se viene al frente, el cuerpo que estaba caliente y fuerte, ahora está frío, "el sueño toca la frente". Sin embargo es cuando la gente narra sus sueños (*tī'wī*, como suele denominarse lo soñado, que es también lo narrado) que se afianza un vínculo entre lo humano y lo Otro, que también puede ser soñado. De ahí que los sueños nunca estén muy lejos de los mitos: para los otomíes, es dable dialogar con el Cerro, el Dueño del Maíz o la Dueña del Café, cosa que realizan con naturalidad pasmosa. A tal punto que en el cotidiano vivir otomí, nuestra diferencia entre el sueño y la vigilia, no siempre es pertinente.

No obstante, en el sueño los entes del mundo Otro se revelan con apariencia antropomorfa, o quizá tengamos que decir, con apariencia originaria, pues tal parece que todos los entes del mundo la comparten, como lo señalan los mitos. Lo cierto es que en los sueños, los humanos pueden interactuar con el otro no humano que se revela antropomorfizado. ¿Y en la vigilia? Es imposible alimentar a un Cerro, o agasajar a un muerto en sueños. Soñar que se atiende a un muerto o que se visita un cerro, no implica que eso sea lo que se está haciendo: lo que se sueña son demandas, deseos, voluntades.

En ese sentido la vigilia parecería presentar un obstáculo si no se pudiera escapar de la condición antropomorfa: el régimen solar solidifica los cuerpos que son distintos (cerros, semillas o animales), al punto que casi imposibilita la comunicación entre ellos. La vida cotidiana desplegada en un espacio-tiempo humano limita las posibilidades de un intercambio eficaz con los seres no humanos. A lo más, se puede dejar una sencilla ofrenda (un refresco, un poco de aguardiente, o una vela) y saludar con un sencillo gesto al anciano que cuida la entrada al pueblo, aquel viejo cuyo cuerpo tiene forma de cruz. No obstante, hablarle o preguntarle cosas a la cruz no tendría mucho sentido: si la Cruz contestase, es improbable que un humano le entendiera, y ni siquiera que se diera cuenta. No hay que exotizar a los otomíes: no son una especie de "psicóticos" capaces de preguntarle la hora a una campana, platicar con el pozo de junto, ni darle los buenos días a una mata de café: hay momentos y formas para hacerlo. No obstante, tanto la campana, como el pozo y la mata de café, son todos ellos seres existentes, con voluntad propia, dotados de cuerpos disímbolos, que para un humano resulta difícil tratar. Todo lo que un ser humano común y corriente reconoce es que la cruz tiene cabeza y brazos, que en el centro está su corazón y que a veces lleva sombrero. Pero más allá de eso, es imposible, como humano, comunicarse con ella y entender lo que dice: el cuerpo cruciforme y el antropomorfo son incompatibles.

La compatibilidad ciertamente, está del lado del espíritu. Habíamos dicho que todo aquel existente, en tanto que dotado de voluntad, agencia, sea o no viviente, es *aire*, *viento* (*dāhí*). Podríamos hablar de fuerzas, pero el término otomí no se ajusta del todo. La fuerza vital, la vitalidad, es *zāki*, y yace en el cuerpo, en el corazón de todos aquellos entes vivientes. Sin embargo, puede haber *vientos* poderosos, con fuerza (caso de los vientos huracanados, intensos y destructivos), que aun sin cuerpo poseen fuerza, *tzēdi*. De entrada, debemos entender que el *viento* es voluntad, pensamiento, e incluso memoria. Soñar no es entonces más que una de las capacidades que todos tenemos en tanto que vientos, de manera que es posible soñar a los parientes y vecinos, e intercambiar ideas, ampliando las relaciones comunitarias al dominio onírico. Si sueño al Otro, es que me está visitando, o está por hacerlo. Con mucha frecuencia los chamanes otomíes decían saber de mi llegada a una comunidad en tanto que me habían soñado: mi voluntad (una plena intencionalidad), se habría revelado. Pensar al Otro, entraña su presencia. En ese sentido, nadie es autor individual de sus sueños: éstos se forjan comunitariamente, de ahí que sea común platicar e intercambiar sueños, pues ello forma parte de los intereses colectivos, o en otros términos: los sueños son encuentros con el Otro, su incorporación en sí mismo.

Ahora bien, el término *tzēdi* que parece referirse a la fuerza propia de los *aires*, la fuerza de los *vientos*, alude a una fortaleza que también es anhelo

y que no debe confundirse con la fuerza vital, el *záki*. *Tzēdi* es voluntad que fácilmente rebasa al cuerpo, de manera que puede transformarse en envidia. Se trata de una fuerza, entendida como poderío, y que como viento incorporado puede revelarse como un remolino, una enfermedad fulminante o incluso como huracán. En ese sentido es evidente que esta fuerza o voluntad (*tzēdi*), no se limita a las entidades que gozan de cuerpo vital. Sin cuerpo, el viento es peligroso: *tzon dāhi*, un mal aire. Toda envidia es pues, un ente que recorre el mundo buscando la experiencia del cuerpo vital. De ahí que los chamanes dispongan de cuerpos de papel, momentáneamente “dormidos”, acostados en camas, para luego habilitarlos. Una vez que los especialistas han dado bebida, música y alimentos a estas entidades nefastas, es que las pueden expulsar mediante estos cuerpos de papel provisionales. Eventualmente, como cualquier ser humano, estos cuerpos habrán de pudrirse y disolverse, volviendo al mundo humano como un mal aire, artífice de enfermedades.

De ahí que soñar con muertos implique un inminente peligro: es el soñante quien está recorriendo caminos de los muertos, y corre el peligro de adentrarse en ellos. En una ocasión, un chamán otomí relataba cómo durante el sueño, ayudó a una anciana curandera ya hacía algunas décadas fallecida, a cargar las ofrendas que sus parientes le habían dado durante la Fiesta de Todos Santos. Sueño peligroso, en el que el chamán tuvo el cuidado de no tocar nunca a su acompañante, y limitar su ayuda a mantener su cuerpo-soñado, cerca del bulto que cargaba la anciana. Tras un determinado umbral, guardias con cuerpo de huesos le indicaron al chamán que no podía seguir andando más allá, o terminaría formando parte de la comunidad de los muertos.

Tratándose de cuerpos vivos, esa voluntad o fuerza, ese *aire (dāhi)*, se revela más bien como una *sombra, xūti*. Bien podríamos decir entonces que se trata de un aire pero ligado a un cuerpo: tal es la denominación que se emplea

normalmente para referirse al aire que sale durante el sueño, como forma. Son *xūti, sombras*, las apariencias de los existentes que se ven mientras se sueña y es la misma instancia anímica la que se desprende con un susto. De hecho, toda desagregación corpórea que conlleve la aparición de la propia imagen fuera del cuerpo, como sucede con los recortes de papel que hábilmente recortan los chamanes, es una “sombra”, *xūti*.

En ese sentido cada figura es entendida como un “retrato” hecho en papel recortado. Al respecto los otomíes emplean el término *hmii*, para referirse a la cara de alguien o bien, a su imagen superficial, lo que ciertamente se aproxima a lo entendemos como forma, “seña” de cuerpo, cuya imagen aparente, revela una intencionalidad. Los recortes de papel, lo mismo que las máscaras del Carnaval, son eso: intenciones puestas en papel. Así las entidades del mundo Otro, también pueden presentarse amigables, o bajo su manifestación más temible y destructiva. Lo importante es construir una alianza estratégica con ellas. De manera que si la política es oficio de conciliación y contención de intereses e intenciones, la diplomacia chamánica otomí, reside en la construcción de cuerpos, mas el reconocimiento de intencionalidades pasa indefectiblemente por los sueños.

Para leer más:

“El *costumbre* de *jugarse* la vida. Las vías de la *corpomorfosis* en la Huasteca sur”; Trejo, Leopoldo Trejo (coord.), en coautoría con Mauricio GONZÁLEZ Y Carlos Guadalupe HEIRAS E ISRAEL LAZCARRO, en *Cosmovisión y mitología*, CNCA/INAH (colección Etnografía de los pueblos indígenas de México, serie Ensayos), México: en prensa.

“El problema económico de los existentes. Apuntes a la dinámica corporal de la Huasteca meridional”, Leopoldo Trejo, Israel Lazcarro y Mauricio González. En *Diario de Campo* - 8. INAH. Nueva Época, abril/junio 2012.

Equilibrio e intercambio para los Aires Acercamiento a los procesos de curación entre los tepehuas serranos

Karina Munguía Ochoa
UNAM/INAH

Este artículo nace de la experiencia de campo entre los tepehuas de Huehuetla, en la Huasteca hidalguense, donde enfermar y curar nos revelan una forma peculiar de entender y vivir el cosmos y el cuerpo humano. Aquí nos proponemos describir dos procesos terapéuticos utilizados por los tepehuas de Hidalgo para curar el padecimiento denominado *aire*. Con los datos presentados, intentaremos mostrar cómo esta enfermedad implica ciertos desequilibrios que deben ser reajustados por un especialista a través de rituales de *costumbre* donde entran en escena diferentes fetiches antropomorfos, es decir cuerpos sustitutos que son emblema del área cultural denominada como Huasteca Sur.

La Huasteca sur

Ésta se localiza justo en la confluencia de los estados de Hidalgo, Puebla y Veracruz y se caracteriza por ser un mosaico de alta diversidad biocultural, donde tepehuas, nahuas, totonacos y otomíes han compartido por centurias un territorio, una historia y la tradición. Esta vecindad –aunque etnográficamente resulta compleja– ha permitido que los cuatro grupos generen un mutuo entendimiento gracias a sus formas rituales agrario-meteorológicas y terapéuticas genéricamente llamadas *costumbre*, donde la confección y el uso de figuras de papel o de corteza es insignia.

Archipiélago tepehua

Dentro de este contexto pluriétnico, los tepehuas se caracterizan por una marcada discontinuidad territorial, y por ende, una relativa segmentación étnica y lingüística, de ahí que los imaginemos como islas dispersas, que subsisten entre marejadas nahuas, otomíes y totonacos (Cfr. Guerrero, Munguía; 2010). Por lo anterior, reconocemos tres núcleos: el del Norte, en los municipios veracruzanos de Zontecomatlán y Tlachichilco; el del Sur, en el municipio veracruzano de Ixhuatlán de Madero y en los municipios poblanos de Pantepec, Francisco Z. Mena y Venustiano Carranza, finalmente el Serrano en la cabecera municipal de Huehuetla (Hgo.). De este último núcleo nos ocuparemos en la presente ponencia.

Huehuetla se localiza en el corazón de la sierra otomí-tepehua y es el único asentamiento tepehua del estado de Hidalgo; se caracteriza por sus pedregosos cerros, sus múltiples cuerpos y corrientes de agua, siendo el río Pantepec el de mayor preeminencia, dada su relevancia histórica, productiva y ritual. En las últimas cuatro décadas, esta localidad ha presentado diversos cambios socioculturales entre los que destacan el alto grado de urbanización, el gradual abandono de la actividad agrícola y la introducción de diferentes

programas gubernamentales de salud. En gran medida, estas nuevas dinámicas han impactado en la vida ceremonial tepehua dejando soterrados los *costumbres*, sobre todo aquellos colectivos destinados a la siembra y a las entidades sagradas como la Sirena, la Dueña del Agua. En el caso de los *costumbres* terapéuticos, éstos se han articulado con los procesos institucionales en una forma mixta de prevención y control de enfermedades, sin embargo, en la intimidad del hogar y en el *lakachinchin* (el recinto ritual del *costumbre*) persisten como lugares alternativos a la clínica para tratar distintos padecimientos, ello a pesar de que hoy en día la presencia de parteras en la comunidad es nula, y cada vez son menos quienes practican el saber ritual y, por lo tanto el recorte de papel.

Salud y enfermedad

Para los tepehuas serranos, al igual que para muchos otros grupos indígenas de México, padecer una enfermedad supone mucho más que un desequilibrio homeostático o emocional, pues es la traducción en el cuerpo de una ruptura de los círculos de reciprocidad con distintas clases de entidades; por ejemplo, a través de peleas, enojos y envidias entre vecinos, o del incumplimiento de los vivos para con sus difuntos. Para curar, no basta con someter al cuerpo a inyecciones o largos tratamientos alópatas, pues es necesario viajar oníricamente al mundo primigenio, allá donde están “las grandes parteras y curanderos”, ancestros de quienes se aprende a “mirar” la enfermedad, a “amarrar la flor y cortar el papel”. Luego entonces curar, significa saber establecer alianzas con las entidades sagradas para así reactivar los intercambios que satisfagan los reclamos de los seres patógenos, aunque claro está, en dicho proceso el especialista terapéutico corre el riesgo de pagar con su propia salud su tentativa de restaurar el equilibrio corporal y anímico de su paciente. En el marco de esta manera de concebir al proceso de salud y enfermedad, deseo poner énfasis en una de las afecciones más comunes en el área mesoamericana conocida genéricamente como *aire* o *mal aire*.

Los aires

En la literatura mesoamericanista, el término *aire* ha estado vinculado con múltiples contextos, por lo que resulta complicado acotarlo a una sola definición. Alfredo López Austin (2008) lo refiere de manera general a un “soplo divino”, mientras que otros estudiosos del México indígena contemporáneo lo asocian con ciertas entidades anímicas equivalentes a “espíritu”, “sombra”, “alma”, etc. Incluso se les relaciona con las “emanaciones asociadas a lo fétido

u otras cualidades similares” y con ciertos agentes causantes de enfermedad (Montoya Briones; 1981; Trejo *et. al* en prensa).

Pero más allá de la pléyade del “ser *aire*”, la constante es la falta de un cuerpo vital, de ahí que para el caso tepehua meridional, Roberto Williams distinga tres tipos de aires que pueden ser causa de enfermedad: “el *aire* de los difuntos matados y que pueden robar el espíritu, y el viento natural que habitualmente es benigno, pero en caso de convertirse en remolino puede raptar el espíritu” (2004: 172). También están aquellos malos aires causados por el enojo entre familiares y vecinos. En nuestro caso, encontramos que el “aire” (*un*) es sobretodo, un padecimiento expresado en síntomas particulares como inapetencia, malos sueños, dolores de cabeza, de ojos o de corazón, entre otros. Por lo general se reconocen tres causas: 1) por los muertos en desgracia, que generalmente habitan en el río o en el monte; 2) por los difuntos fallecidos en “gracia de Dios” y cuyo “espíritu” permanece en el hogar, y 3) por los enojos y las envidias suscitadas entre los miembros de la comunidad. Aunque en las dos primeras se hace expresa la presencia de “muertos” que buscan un cuerpo vital para incorporarse nuevamente al mundo humano, en realidad, como trataré de demostrar, también en el caso de la envidia entran en juego aquellos que se han adelantado en el camino, pero éstos con un cuerpo propio denominado como “basura”.

Como advierten los autores de la *Sonata Ritual. Cuerpo, cosmos y envidia en la Huasteca Meridional*, el mal que enferma, como la envidia, puede tener su propio cuerpo: “La envidia atacando al enfermo, es un cuerpo dentro de otro, una voluntad dentro de la voluntad. Parece que en la basura extraída se incorpora el mal aire, pero al no ser un cuerpo antropomorfo el que se corporeiza, no hay yuxtaposición de cuerpos; no hay tampoco cuerpo-cartucho confeccionado *ex profeso* para ese mal aire; no hay máscaras ni fetiches. La basura es su cuerpo.”

Ahora bien, sin importar que se trate de la invasión al cuerpo “débil” de un niño o al de un adulto “abierto” gracias al calor del baño; la pronta expulsión de estos agentes es sinónimo de vida, por lo cual se hacen necesarios las *limpias* y el *costumbre*, pues son la única garantía que los tepehuas tienen para librarse de fallecer por haber “agarrado un *aire*”.

Casos particulares: *limpia de envidia*

Caída la tarde, un hombre otomí con su esposa e hija habían emprendido el camino hacia la casa de uno de los dos especialistas tepehuas del recorte que aún sobreviven en la localidad, esto debido a que semanas atrás, él comenzó a sentir un dolor muy fuerte en la muela, la mejilla y en parte de la cabeza. El curandero, sabiendo el motivo de la visita, le pidió aguardara sentado frente a su altar, el cual permanece orientado hacia la salida del sol y donde aguardan las imágenes de santos católicos, ofrendas de alimentos, botellas de aguardiente, entre otra parafernalia. Para iniciar la consulta, el especialista “se presentó” con plegarias en español y tepehua ante sus “compañeros”, es decir entidades sagradas que le auxilian y guían durante todas las *curaciones* y *costumbres*, y cuya presencia en el altar se hace evidente a través de los recortes de papel.

El número de “compañeros” varía dependiendo del especialista; en este caso, se evocaron a “veinticinco grandes curanderos y parteras”, destacando San José, la Virgen de Guadalupe y la Sirena. Sahumado el altar, descubrió un plato donde estaban depositados cristales para adivinar, pequeños silbatos prehispánicos, campanas, monedas y rosarios; se trata de las *antiguas*, objetos rituales que son prueba fiel del don recibido para curar y de la capacidad para intercambiar con las entidades y potencias.

Una vez establecida la comunicación, para alcanzar el diagnóstico, el curandero procedió a una detallada auscultación del paciente, que supone un examen de la mirada, así como un interrogatorio sobre inapetencias, malos sueños y los dolores que aquejaban su cuerpo. Completado el cuadro clínico, el especialista estuvo en posibilidades de identificar si se trataba de una pérdida de *sombra* por un susto, de un *aire* o de brujería. Esta vez identificó los síntomas de la envidia, enfermedad que fue propiciada por una discordia con su vecino, quien al parecer, pidió a un “brujo” intercediera por él para afectar al paciente. Asimismo, determinó que una *limpia* era el tratamiento necesario para contrarrestar la enfermedad. Las *limpias* adquirieron distintos grados de complejidad según el desequilibrio, y pueden ir de actos sencillos como frotar al paciente con una vela o un huevo hasta rociarlo con aguardiente o “barrerlo” con una ortiga; en ciertos momentos pueden anteceder secuencias rituales de ofrenda propias del *costumbre*. Ahora se trataba de una *limpia* conocida también como “soplada” o *va su nui*.

El tratamiento

La “soplada” inició con una nueva invocación a los “compañeros”. El especialista frotó sus manos con aguardiente y comenzó a soplar y masajear el rostro del paciente, iniciando, ahí donde el dolor era más intenso y siguiendo con el resto de la cabeza y el cuello. Intermitentemente lo sahumaba tres veces de frente y una por la espalda. Así, poco a poco fue extrayendo piedras, tierra de cementerio y una vértebra de serpiente; en total fueron trece los objetos distribuidos en el cuerpo del enfermo, “basura” que era la materialización de la envidia alojada en él. “Jalado el mal”, el curandero enfatizó en la necesidad de otras *limpias*, con la finalidad de erradicar completamente cualquier rastro de *aire*; de no reponerse completamente, un *costumbre* con recortes de papel china de cuatro colores, atados de cempasúchil y sacrificio de aves tendría

que llevarse a cabo. Por si fuera poco, le prescribió evitar alimentos como el huevo, la carne de puerco, el tomate, el chile seco, la sal y el café dulce, universo alimenticio al cual, hasta el momento, no encuentro lógica que justifique su puesta en categoría.

Limpia de difunto

Un pausado y doloroso tañer de las campanas anunció el fallecimiento de una mujer tepehua. Su familia comenzó a preparar el cuerpo y las ofrendas que lo acompañarían durante la noche. Al día siguiente, dieron inicio las honras fúnebres características de los núcleos tepehuas serrano y meridionales, episodios que incluyen “baños” en el río, ofrendas en el cementerio y *limpias*; todos en conjunto, ayudarán al difunto a hacerse a la idea de que no pertenece más a este mundo humano. Generalmente, los muertos en “gracia de Dios”, es decir aquellos muertos por causa natural, no son considerados *aires* patógenos, como sí lo son aquellos que perecieron violentamente; sin embargo, esto no significa que los primeros no puedan dañar a sus familiares si éstos omiten alguna de las secuencias rituales destinadas a procurarlos, sobre todo los *costumbres* de despedida.

Después del entierro, durante la mañana del noveno día, los familiares de la difunta solicitaron al especialista ritual una “*limpia* para la casa”. Para ello recortó un par de figuras de papel revolución y confeccionó quince atados de cempasúchil. Los fetiches antropomorfos fueron acompañados con una rama de ortiga. Mientras los dolientes partían de la casa hacia al cementerio acompañados de los padrinos de cruz y algunos miembros de la comunidad, el curandero aprovechó su ausencia para “barrer” en cada rincón con la rama de ortiga, a fin de retirar todo el *aire* transferido por la mujer fallecida, evitando así que los familiares “se toparan con su *aire*”. Cabe señalar, que mientras el especialista barre, también habla con el espíritu convenciéndolo para que abandone el hogar: le solicita que no espante a sus parientes, que no permita que la sueñen, pero sobre todo, que no se convierta para ellos en enfermedad. La cocina, lugar femenino por antonomasia, representa uno de los espacios más “cargados”, y por ende el fogón es el lugar emblemático para colocar los fetiches rituales. De vuelta en el hogar y dispuesta la cruz en el cementerio, los familiares comenzaron a lavar las paredes y pisos; asimismo, sacaron la mesa donde se habían colocado días antes las cruces de tierra y madera, los cuerpos temporales del difunto. Terminadas estas dos secuencias antisépticas, inició el *costumbre* de despedida.

Para esta secuencia ritual se convocó a los parientes más cercanos y a todos aquellos que no tuvieron oportunidad de disculparse o confesarle algo al difunto en vida; quienes no pudieron asistir fueron limpiados a través de alguna de sus prendas. Cada familia acudió con una ofrenda de ocho tamales de carne y pan, éstas se dispusieron en una fila, junto a una bolsa de corteza de copal, una vela, un jarrito con brasa, un sahumador y refino. En orden, los participantes fueron acercándose uno a uno al especialista ritual, quien les pedía que colocaran un poco de copal en el jarrito y pidieran perdón si era necesario; acto seguido, lavó sus manos y pies con un jabón y trapo nuevos. Una vez que los familiares habían quedado *limpios* de cualquier influjo del difunto, el curandero sacó del lugar los recortes y los atados llevándolos hacia el río, ahí fueron enterrados, junto con parte de las ofrendas, el jarrito, el jabón y el trapo, receptáculos éstos de la agencia patógena del difunto. Para completar el *costumbre* de despedida, el especialista toma una cuerda de jonote trenzado, la cual hace girar sobre la cabeza de los asistentes veinticinco veces; después, arroja la reata al río para que sea arrastrada por la corriente.

Ciertamente, este acto puede fácilmente homologarse a la *limpia* con aro de bejuco, comúnmente empleada por los tepehuas de Pisaflores (en la Huasteca veracruzana), y por otros grupos de la Huasteca sur durante las secuencias rituales dedicadas a los *malos aires* (Williams, 1963; Trejo *et. al.* en prensa). Tras arrojar la cuerda al río, lugar particularmente patógeno, es que el difunto se ha ido permanentemente y habrá aceptado su nuevo estado, esperando ser recibido cada año durante la Fiesta de Todos Santos, ya como una entidad fasta.

En conclusión

Como hemos visto, enfermarse de un *aire* sugiere la invasión al cuerpo de un agente patógeno e incorpóreo, cuyo anhelo por hacerse de un cuerpo vital genera un desequilibrio orgánico y social. Dichos asaltos y tensiones, deben ser armonizados a través de un intermediario capaz de conocer y satisfacer las exigencias de las entidades: el especialista ritual. Gracias al don que lo distingue del común de los humanos, el curandero hará uso de diversos dispositivos rituales, tales como ofrendas, plegarias, pero sobre todo, llaman la atención los fetiches antropomorfos, muñecos de papel y atados de flor de cempasúchil, mediante los cuales el especialista puede intercambiar con los *malos aires* un cuerpo temporal a cambio del que están enfermando. Sin embargo, el estudio del “saber intercambiar” no se limita al contexto inmediato de la *limpia* o del *costumbre* como podría llevar a pensar este breve texto, pues también es necesario poner énfasis en otras relaciones de intercambio previamente existentes entre una persona y sus parientes, sean estos vivos o ya difuntos, e incluso, otras entidades no humanas, con las que los especialistas rituales pueden contraer relaciones de parentesco, de donde pueden surgir trasgresiones y contraer compromisos de deber y deuda.



Programa de actividades del INAH Morelos MAYO 2014

Miércoles 7 de mayo

Ciclo de conferencias *La presencia del INAH en Morelos*
Las plantas medicinales entre la tradición y la ciencia en el Estado de Morelos

Impartida por la Biol. Margarita Áviles Flores (INAH - Morelos)

Sede: Museo Regional Cuauhnáhuac - Palacio de Cortés / 17:00 horas

Las plantas medicinales en la Feria de Cuatesma en Tepalcingo, Morelos

Impartida por la Biol. Macrina Fuentes Mata (INAH - Morelos)

Sede: Museo Regional Cuauhnáhuac - Palacio de Cortés / 17:45 horas

Jueves 8 de mayo

Cine Club del Palacio de Cortés. Ciclo Arqueología subacuática
Cuevas y Cenotes. El resguardo sagrado. Nevado de Toluca. Lo sagrado en las alturas

Sede: Museo Regional Cuauhnáhuac - Palacio de Cortés / 18:00 horas

Miércoles 14 de mayo

IV Ciclo de conferencias. *Recuperando Nuestro Patrimonio Cultural Compartido*

Tema del año: México. Arte y Cultura

Hernán Cortés. Biografía general

Jaime García Mendoza (UAEM)

Sede: Museo Regional Cuauhnáhuac - Palacio de Cortés / 17:00 horas

Jueves 15 de mayo

Cine Club del Palacio de Cortés. Ciclo Arqueología subacuática
Tras la huella del Juncal. Crónica de una expedición. Un galeón de Manila

Sede: Museo Regional Cuauhnáhuac - Palacio de Cortés / 18:00 horas

Domingo 18 de mayo

Conmemoración del Día Internacional de los Museos

Talleres infantiles y visitas guiadas

Sede: Zona Arqueológica y Museo de Sitio de Xochicalco / 10:00 horas

Lunes 19 al viernes 23 de mayo

Jornada de actividades y talleres infantiles

Separadores prehispánicos con papel amate / Preparación de gel repelente / Joyería prehispánica / Arqueología

Sede: Ex Hacienda de Temixco / 10:00 horas

Miércoles 21 de mayo

Ciclo de conferencias *La presencia del INAH en Morelos*
La antropología al servicio de la guerra y la dominación

Impartida por el Dr. Gilberto López y Rivas (INAH - Morelos)

Sede: Museo Regional Cuauhnáhuac - Palacio de Cortés / 17:00 horas

Jueves 22 de mayo

Cine Club del Palacio de Cortés. Ciclo Arqueología subacuática
Banco Chinchorro. Un legado del mar

Sede: Museo Regional Cuauhnáhuac - Palacio de Cortés / 18:00 horas

Viernes 23 de mayo

Inauguración de la exposición temporal *Pintando con naturaleza la imagen del mundo*

Textiles indígenas mexicanos

Sede: Museo Regional Cuauhnáhuac - Palacio de Cortés / 19:00 horas

Martes 27 de mayo

Ciclo de conferencias: *El uso de la cal en Monumentos Históricos*

Conferencias: *Propiedades de la cal y su uso en el Templo y Ex Convento de La Asunción de María, Tepoztlán.* Beatriz Sandoval Zarauz / *La conservación del conjunto conventual de San Juan Bautista Tetela del Volcán.* Laura Ledesma Gallegos / *Templo de San Juan Bautista, Coatetelco.* José Alfredo Vera Rivera / *Intervenciones de conservación con materiales de fábrica en la capilla lateral del Templo de San Mateo Chalcatzingo.* Carolina Meza Rodríguez / *Ingeniería del antiguo convento de Santo Domingo de Guzmán Hueyapan Morelos.* Cristian Luna Hernández / *Intervención de mantenimiento en Xochicalco.* José Cuauhtli A. Medina Romero

Sede: Museo Regional Cuauhnáhuac - Palacio de Cortés / 9:00 horas

Miércoles 28 de mayo

Ciclo de conferencias: *Monumentos Históricos del INAH Morelos*

Conferencias: *Primera Arquitectura Religiosa en Morelos.* Josefina Miranda / *Vínculo entre la arquitectura preindustrial y religiosa en la región de las Amilpas.* Laura Clemantina Díaz Flores / *La problemática existente en la Zona de Monumentos Históricos de Cuautla Morelos.* Roxana Galindo / *El Centro Histórico de Cuautla, 35 años: una historia que contar.* Fernando Campos Albarrán / *Proyección de Rescate de Imagen Urbana.* Fernando Duarte Soriano / *Tepoztlán, Zona de protección en municipios.* Irma Irene Caro López / *La protección del patrimonio cultural de Morelos.* Alma Rosa Cienfuegos Domínguez / *La Ventanilla Única.* Guillermina Rodríguez

Sede: Museo Regional Cuauhnáhuac - Palacio de Cortés / 9:00 horas

IV Ciclo de conferencias. *Recuperando Nuestro Patrimonio Cultural Compartido*

Tema del año: México. Arte y Cultura

La historia verdadera de la Conquista de la Nueva España. Crónica de la Eternidad. ¿Quién escribió la Historia Verdadera de la Conquista de la Nueva España...?

Sede: Museo Regional Cuauhnáhuac - Palacio de Cortés / 17:00 horas

Jueves 29 de mayo

Plática, visita guiada y taller

Sede: Museo Regional Cuauhnáhuac - Palacio de Cortés / 9:00 horas

Taller *Separadores con motivos prehispánicos*

Sede: Zona arqueológica de Teopanzolco / 9:30 horas

Jueves 29 de mayo

Cine Club del Palacio de Cortés

Sede: Museo Regional Cuauhnáhuac - Palacio de Cortés / 18:00 horas

Viernes 30 de mayo

Taller de extracción de pigmentos naturales

Q. Alma Graciela de la Cruz (INAH Morelos)

Sede: Jardín Etnobotánico / 10:00 horas

Entrada gratuita a todas las actividades

www.inah.gob.mx



Órgano de difusión de la comunidad de la Delegación INAH Morelos

Consejo Editorial

Eduardo Corona Martínez

Luis Miguel Morayta Mendoza

Israel Lazcarro Salgado

Raúl Francisco González Quezada



el tlacuache



Matamoros 14, Acapantzingo, Cuernavaca, Morelos

www.morelos.inah.gob.mx

Coordinación editorial de este número: Israel Lazcarro Salgado

Diseño y formación: Joanna Morayta Konieczna

El contenido de los artículos es responsabilidad exclusiva de sus autores